

## DÓNDE ESTAMOS Y ADÓNDE QUEREMOS IR

*Charla en la Capilla de Mount Ecclesia. Verano de 2002*

*por Francisco-Manuel Nácher*

La próxima vez que renazcamos la mayor parte de nosotros y de la humanidad actual, será ya en plena Era de Acuario.

Hemos, pues, de empezar a practicar las virtudes acuarianas.

Pero, ¿cuáles son? Epigénesis, autoexamen, autoconocimiento, autoconfianza, independencia, fraternidad, independencia, tolerancia, comprensión de los demás y de sus puntos de vista, servicio inegoísta, amor al Yo Superior de todos, discusión razonada de las diferencias para buscar la luz y la concordia y la verdad, no discutir para tener razón...

Se nos ha dicho que la Era de Piscis es la Era de la Ley, la época en la que se nos dice lo que hemos de hacer y cómo lo hemos de hacer. Y que la Era de Acuario será la de la libre decisión por haber llegado a consecuciones propias.

Pero ese proceso, como todos los procesos de la evolución no se producirá de repente. Porque ya se está produciendo desde que empezó la era de Piscis y aún antes.

Resulta muy enriquecedor estudiar, aunque sea someramente, el proceso que la Ley ha seguido a lo largo de nuestra Época de Piscis. Porque la ley nos dice cómo era la sociedad que la promulgó, ya que pretende siempre satisfacer necesidades y enmendar errores. Veamos, pues, su proceso a lo largo de lo que ya ha transcurrido de esta Época:

La primera etapa de la historia de la Ley podríamos decir es la de su carencia. Es la época en que, existiendo siempre un rudimento de Ley, su influencia se reducía a pequeños ámbitos familiares. Es la época de la vigencia de la que se ha dado en llamar la “Ley de la Selva”, es decir, la anarquía: cada cual luchando por su propia cuenta por la supervivencia; pequeños núcleos familiares o tribales, sin idea de sociedad organizada, luchando todos contra todos y dedicándose a la caza y la recolección y, consecuentemente, al nomadismo. **La Ley, pues, beneficiaba sólo a la propia familia, al propio grupo.**

Cuando el hombre se hizo agricultor experimentó una considerable ampliación de conciencia y tuvo que hacerse sedentario y guardar sus cosechas y defenderlas de los nómadas. Y nació la ciudad. Una ciudad amurallada. Y **la Ley** pasó a organizar y **defender los intereses de la ciudad** y no los de sólo una familia o una tribu determinada.

En ese período especial hay que enclavar algo nuevo que surgió en la Grecia clásica y que luego fue olvidado por los hombres: la democracia, es decir, la ley promulgada por el pueblo en beneficio de todos los ciudadanos por igual.

Pero lo que predominó, desde poco después de inventada la democracia, fue la monarquía absoluta, la oligarquía o la tiranía y, por tanto, leyes que beneficiaban a quien ostentaba el poder, generalmente, el rey. Fue la época de los absolutismos, que fueron siendo sustituidos por monarquías constitucionales en las que el rey “reinaba pero no gobernaba” y que se establecieron, en Inglaterra con la muerte de Carlos I, en Francia con la de Luis XVI y en España con Fernando VII. **La ley** entonces, **beneficiaba** sobre todo **a la corona y a la alta sociedad**.

Siguió a esto la Revolución Francesa y la que supuso “el Contrato Social” de Jean Jacques Rousseau, que enunció la teoría que ha servido de fundamento a toda la edad contemporánea: la de que cada ciudadano cede parte de sus derechos a quien o a quienes designa, para que gobiernen en nombre del pueblo. Supuso este acontecimiento otra importante ampliación de conciencia. Y es la fórmula de todas las democracias actuales: el pueblo manda, es soberano, pero elige a sus representantes para que, en su nombre rijan el país. **La Ley**, pues, **se hace hoy**, en la mayor parte de los países – en todos los de occidente por lo menos – **en beneficio de todos los ciudadanos**.

En esta época ha surgido otra idea, en principio maravillosa y que ha producido la siguiente ampliación de conciencia de la humanidad: el comunismo. Según él, todo es de todos por igual y es el estado el que lo administra, proporcionando a todos la satisfacción de las necesidades elementales, la sanidad, la vivienda, el transporte y la educación gratuitas, las mismas oportunidades para todos y la promoción en la vida en base a la propia valía. En ese régimen ideal no hay pobres ni

desamparados. Y, teóricamente, manda el pueblo. Pero, en la realidad, esa teoría maravillosa, en los países en que se ha intentado aplicar, se ha visto siempre adulterada por la ambición personal de los dirigentes, que han terminado abusando del poder y legislando **en su propio beneficio y en el de sus amigos y seguidores**. Ni un solo país comunista ha hecho realidad lo que era el ideal de los idealistas que lanzaron la idea. Recordemos que con las primeras “comunidades cristianas” ocurrió lo mismo. En varias Epístolas, San Pablo arremete contra los que desvirtúan aquella vida en comunidad que, por fin, acabó desapareciendo completamente. Y las leyes empezaron a promulgarse en beneficio de intereses no comunes, sino individuales o de grupo. Y otro tanto ha sucedido con los kibutz judíos: empezaron como algo ideal y hoy día la juventud se niega a vivir en ellos. Cada uno quiere su casa y sus muebles y su coche, y no está dispuesto a compartirlos. De todos modos, son importantes ampliaciones de conciencia que nos han hecho reflexionar a todos sobre asuntos antes inadvertidos y sobre grupos de la sociedad marginados.

Fijémonos en que la evolución de la Ley ha ido ampliando el número de sus protegidos, de sus beneficiarios. Hoy día todos los países civilizados tienen ya su constitución, todas muy parecidas, aunque cada país, luego, según sus necesidades y acontecimientos e idiosincrasia, establezca las necesarias adaptaciones.

Y sigue la ampliación de las bases a las que la Ley protege. Y así, para rellenar las lagunas que las leyes estatales han dejado, para ayudar a quienes el estado aún no ampara, han surgido las ONGs, empresas sin ánimo de lucro, constituidas por civiles ajenos a las lides políticas y que se ocupan, voluntariamente, de ayudar y socorrer **a los más desprotegidos**, pero no ya de su propio país, sino de todo el mundo, sin hacer distinción de color, religión, lengua, nacionalidad, etc. Basta que uno sea un ser humano y necesite ayuda, para que las ONGs se preocupen de solucionar su problema. En Europa han aparecido cientos de ONGs, cada una dedicada a satisfacer una necesidad específica.

Y sigue la tendencia, porque luego han aparecido los ecologistas que, en una nueva ampliación de conciencia, no se preocupan ya de los desprotegidos, sino **de la Tierra** en la que

vivimos. Y combaten la polución del aire y del mar y de los ríos, y defienden la fauna y la flora de las agresiones de la sociedad humana, y tratan de evitar la desaparición de las especies. Y esa tendencia cada vez es más amplia, hasta abarcar **a toda la Tierra** como tal y **a todos sus habitantes**.

El siguiente paso se ha dado con la protección del Arte, de los parajes naturales, de determinadas zonas como la Antártida, etc.

Y el último, se está dando con las Leyes protectoras de la mujer, de los niños, de los inmigrantes, de los drogadictos, etc., haciéndonos fijar la atención en **necesidades flagrantes** que la sociedad ha de atender.

Esto es lo que, hasta la fecha, ha dado de sí la Era de Piscis, la era de la Ley, que aún no ha concluido.

Max Heindel, sin embargo, como embajador del Evangelio de la Era de Acuario, nos está enseñando a vivir como la Humanidad media vivirá durante ésta. Y, para que vayamos haciéndonos una idea, nos recuerda que en el Tabernáculo en el Desierto, las Tablas de la Ley estaban dentro del Arca de la Alianza, es decir, que hemos de aprender ya a interiorizar la Ley; y que, para nosotros, caminantes del “atajo” que suponen las Enseñanzas, la ley externa ha terminado.

A Max Heindel, como era lógico esperar, se adelantaron, sin embargo, primero, el propio Cristo, al decir que “Su reino no era de este mundo” y añadir que “el reino de Dios está dentro de nosotros”. Y, en segundo lugar, San Pablo, que afirmó que “Cristo vino a hacer desaparecer la Ley externa y, por tanto, el pecado porque, donde no hay Ley no puede haber pecado.”

Tanto el antiguo Templo atlante, como Cristo, como San Pablo como Max Heindel nos hablaban, de la Era de Acuario.

Nosotros, pues, que , en buena ley, habríamos de ser una especie de avanzadilla de la Humanidad, deberíamos estar ya practicando las virtudes acuarianas.

Pero, ¿cuáles son esas virtudes acuarianas? Y alo hemos dicho antes y no está de más repetirlas: La creatividad, la originalidad, la autoconfianza, la comprensión de los demás, el guiarse por el criterio propio, el buscar la verdad mediante el diálogo, la armonía, etc. Todos lo sabemos. Pero, ¿nos hemos

fijado en que todas esas virtudes se basan en una común, soporte de todas, que es la convivencia? Sin convivencia es imposible practicar ninguna virtud acuariana. Sin convivencia, la vida no es vida. Recordemos que el célebre Robinson Crusoe, tras vivir tranquilamente solo en su isla durante más de veinte años, vio su vida trastocada radical e instantáneamente, cuando descubrió en la playa las huellas del que después sería el negrito Viernes, su fiel servidor y compañero de exilio. Y es que somos un espíritu grupal, como nos insiste repetidas veces Max Heindel. Y eso nos hace tender, de modo instintivo, hacia los demás, a huir de la soledad, a compartir ideas y conocimientos y experiencias y bienes. Y a hablar entre nosotros, que para eso se nos dotó de la laringe. Y es lógico: es lo previsto en el plan divino. Es la voluntad de Dios. Es, por tanto, lo natural, lo razonable, lo que se espera de nosotros.

¿Y qué implica la convivencia? Implica la comunicación. ¿Y qué es la comunicación? El hablar, el estar en contacto, el discutir, el cambiar impresiones y experiencias, el tener amigos, el ser amigos...

¿Y qué otra cosa requiere la convivencia para ser una virtud acuariana? Amor. Hemos de tener presente, cada vez que nos relacionemos con un semejante, que es un espíritu virginal como nosotros y que debemos “hacer caso omiso de su aspecto, frecuentemente poco agradable”, como reza nuestro Servicio del Templo.

¿Y cuándo el prójimo presenta un aspecto poco agradable? Cuando está desaliñado, o sucio, o su vocabulario no es el mejor, o sus modales no son apropiados, o destaca por su incultura... Pero estas cosas no se suelen dar entre nosotros. ¿Cuál es, pues, el aspecto poco agradable entre nosotros? La falta de comunicación y, consecuentemente, de convivencia; el no compartir ideas, proyectos, aspiraciones, experiencias, conocimientos, soluciones de problemas, interpretaciones, etc.

¿Y cómo podemos solucionar esa carencia por nuestra parte? Simplemente, **HABLANDO**.

Si cada uno nos quedamos en nuestra casa, si nos aislamos, no podremos evolucionar. Nos convertiremos en “autistas espirituales”, viviendo en nuestro mundo, creyendo que es el

mundo real, y convencidos de estar en la verdad y de ser superiores a los demás, que es lo peor que le puede suceder a un estudiante de ocultismo. Nuestra verdad, que no es más que la que hemos podido extraer de nuestros adentros, ha de ser contrastada con la verdad de los otros.

Si no hay contraste de pareceres, la evolución es imposible. Pero, no sólo no evolucionamos, sino que, como afirma Max Heindel, retrocedemos.

El verano pasado, cuando pasé un mes aquí, pregunté a varios de los que aquí viven y trabajan por qué no se relacionaban unos con otros, como hacen los verdaderos amigos; por qué no se visitaban unos a otros; por qué no se reunían para jugar al ajedrez o para hacer pasteles o para comentar las noticias mundiales o para compartir experiencias y vivencias o, simplemente, para aprender de los demás. Y, con gran asombro por mi parte, se me respondió que “la evolución es una cuestión personal e individual”. Y eso es un error inmenso. Es, incluso, contrario a las Enseñanzas. Recordemos que Max Heindel nos dice, bien claro, que las Enseñanzas nos exigen vivir en el mundo, en la familia, con hijos, con cónyuge, con trabajo, con amigos, con problemas... en una palabra: conviviendo. Porque así, y sólo así, es como evolucionamos.

¿Cómo vamos a expresar y a vivir el amor al prójimo si no convivimos con él? ¿Cómo vamos a comprobar la fortaleza de nuestras virtudes y la espiritualización de nuestro carácter si no sabemos ampliar nuestra conciencia, ni ponernos en el sitio de los demás, con sus ideas, sus problemas y sus necesidades? ¿Cómo vamos a vivir rodeados de incompreensión por no dar el paso delante de dialogar buscando la luz con amor?

Es precisa, pues, la convivencia. Pero la convivencia con amor, sin prejuicios, sin pretender tener razón. Cuando, en una discusión, pretendemos tener razón, ya nos hemos descalificado a nosotros mismos para discutir. Es preciso que busquemos la verdad, la luz, lo más conveniente, y no lo que nosotros pensamos que es lo más conveniente. Es preciso escuchar a los demás con mente abierta y contrastar su opiniones con las nuestras. Es preciso hablar, precisamente con las personas que nos son más ajenas, las que más discrepan de nosotros y hacernos sus amigos y

compartir y reírnos juntos de nuestras diferencias. Es preciso que todos nos conozcamos como se conocen los verdaderos amigos; es preciso que de ese trato frecuente surja una confianza, la confianza que le hizo a Cristo decir a sus apóstoles: “*Vosotros sois mis amigos*”. Si no somos verdaderos amigos entre nosotros, ¿cómo vamos a pretender ser amigos de Cristo?

¿Cómo es posible que haya enfermos y ancianos en Mount Ecclesia a los que nadie o casi nadie visita ni que casi nadie intenta siquiera ayudar en algún sentido? ¿Cómo es posible que haya personas que no se hablan siquiera entre ellas? ¿Qué clase de enemistad y qué clase de caridad y de comprensión y de amor expresa esa indiferencia? ¿Es eso estar en good standing con la Fraternidad o con los demás o consigo mismos? ¿Cómo es posible que cada jefe de departamento no pregunte a cada subordinado qué necesita, qué desea para cumplir su misión, y se preocupe de sus problemas y de sus carencias y soluciones y atienda sus sugerencias, y evite las tensiones y los malentendidos y las diferencias y las enemistades? ¿Y cómo es posible que existan diferencias entre jefes de departamento, sin que ninguno intente hacerlas desaparecer, sencillamente, hablando, comunicándose, comprendiéndose, en una palabra, conviviendo?

¿Cuántos de nosotros nos preocupamos por los problemas de los demás? ¿Cuántos de nosotros comentamos con los demás nuestros problemas de salud, económicos, sociales o espirituales? ¿Cuántos de nosotros estamos dispuestos a compartir esos problemas y a esperar la ayuda, la orientación o la luz de los demás? Pues eso es convivir. Eso es formar una familia. Estando aislados no es posible predicar la principal virtud acuariana: la convivencia Y, si no somos capaces de predicar la primera, habremos fracasado de antemano en todas las demás.

¿Tenemos presente que la única manera de evolucionar es, precisamente, olvidándonos de la propia evolución? ¿No sabemos que nuestra evolución será sólo un subproducto necesario de nuestra dedicación a los demás?

Ahí es, pues, donde debemos ir. Ésa es nuestra meta en esta encarnación aquí, en Mount Ecclesia.

Pero, por el hecho de vivir aquí o de trabajar aquí o de ser aquí responsable de algo, estamos más obligados aún a practicar la convivencia a nivel internacional.

¿Cómo se predica, desde aquí, la convivencia a nivel internacional? Tratando de comprender a las gentes de los demás países. Poniéndonos en su lugar, con sus carencias, con sus problemas, con sus ilusiones, pero sin considerarnos superiores, por la sencilla razón de que no lo somos. Estudiando sus idiomas, sus culturas, viéndolos como espíritus virginales que son, iguales a nosotros, muchos de ellos, muchísimos, más evolucionados que nosotros. Viajando a otros países, leyendo su literatura, estudiando su historia, respetando sus particularidades y entregándoles todo nuestro amor y nuestro esfuerzo.

No tengamos la idea equivocada de que los que viven y trabajan en Mount Ecclesia son la élite de la Fraternidad, ni de que son superiores, ni siquiera que son los que mandan. No. Con arreglo a lo dispuesto por Max Heindel, y de acuerdo con nuestras Reglamentaciones, los propietarios de la Fraternidad Rosacruz son todos los probacionistas del mundo. Sin distinción de razas, idiomas ni color. Todos los probacionistas del mundo. También Max Heindel supo aquí rasgar el velo del Templo.

Por lo tanto, los que aquí vivimos o trabajamos o dirigimos algo, lo hacemos, no por nuestros propios méritos – que son muy pocos comparados con los de muchos probacionistas de distintos países – sino por simple delegación y en nombre suyo. Y ello nos obliga a estar permanentemente en contacto con nuestros mandantes, para poder traducir sus deseos en realidades. Somos meros asalariados de todos los probacionistas del mundo. Y ellos son nuestros jefes, nuestros empresarios y quienes nos designan o nos destituyen. Eso hemos de tenerlo bien claro. Y nos designarán o nos destituirán en la medida en que sepamos acertar en nuestra labor, en beneficio de todos.

La Era de Acuario está rápidamente envolviéndonos en sus vibraciones. Y uno de sus principales efectos es el vertiginoso avance de las comunicaciones. Aprovechémoslas, adaptémonos, estemos en contacto permanente unos con otros, convivamos internacionalmente y no nos aislemos. No nos aislemos ni espiritual ni materialmente. No nos quedemos en el Concepto



Rosacruz del Cosmos, tal como lo interpretamos la primera vez. Quien es capaz de releer el Cosmos y no descubrir nada que no descubrió en su última lectura, no ha evolucionado nada desde entonces. Y eso supone estancamiento evolutivo. O sea, según Max Heindel, retroceso.

Si observamos la biblioteca de Max Heindel veremos que leía a otros autores y conocía las obras de las otras escuelas. Y, en sus obras, cita a muchos de ellos que no pertenecían a la Fraternidad Rosacruz. ¿Por qué? Porque no poseemos toda la verdad. Porque también los demás poseen su porción correspondiente. Y esa porción puede servirnos para aumentar nuestra propia verdad. Leer a otros autores no supone ni traicionar ni abandonar a Max Heindel. Al contrario, supone saber convivir y, de esa convivencia, extraer lo que nos puede servir para profundizar en la filosofía a la que libremente nos hemos adscrito. Y leer a los demás, conocer qué es lo que dicen las otras escuelas, y lo que hacen bien y lo que hacen mal es convivir. Y la convivencia es necesaria a todos los niveles para evolucionar. No temamos, pues, la convivencia. Busquémosla. En todos los niveles, en todos los campos y en todas las ocasiones. Si nos quedamos en el Cosmos tal como lo interpretamos hace cien años, nos habremos convertido en integristas, en fanáticos, en ciegos a las demás interpretaciones, en intolerantes, en exclusivistas, en segregacionistas, y estaremos practicando las virtudes pisceanas en lugar de las acuarianas.

Si ahora se nos preguntara a todos los presentes quiénes se consideran en posesión de toda la verdad sobre cualquier asunto, seguramente nadie se atrevería a levantar la mano. ¿Por qué, entonces, apenas salgamos de la capilla, nos hemos de comportar todos, unos con otros, como si toda la verdad fuera nuestra?

Cristo, durante Sus tres años de ministerio, nos dio el ejemplo de lo que es la convivencia. Y convivió con Sus discípulos y seguidores, pero también con sus familiares y sus amigos y sus vecinos. Y con los publicanos y los fariseos y los mercaderes y los videntes y las prostitutas y los endemoniados... En realidad, estuvo permanentemente conviviendo. ¿Queremos mejor ejemplo?

\* \* \*